

El olvido de la trascendencia

Valentina Aguayo Mella
Docente en Constitución, región del Maule

Creo que la educación en Chile, en estos tiempos de pandemia, ha llegado a límites insospechados de exigencia. Exigencia que no solo ha afectado al cuerpo docente, sino también a muchos niños y niñas, adolescentes y universitarios. De un momento a otro, profesores sin previa capacitación montaron un sistema de educación de emergencia, ampliamente exigido y muy poco valorado.

Otro de los efectos colaterales de esta pandemia y el nuevo sistema para impartir clases es que, en los pocos espacios otorgados a la educación religiosa, nos enfrentamos a pantallas oscuras, micrófonos apagados, perdiendo completamente la comunicación bidireccional.

Desde este escenario, se ha privilegiado potenciar el área cognitiva del educando, relegando a un segundo o tercer plano su dimensión espiritual y su desarrollo integral. Así, la formación valórica, afectiva y espiritual se han considerado, en conjunto, como algo superfluo para miles de estudiantes. La clase de Religión, espacio donde se promueve la reflexión

sobre el sentido, finitud y trascendencia, queda postergada para potenciar otros aprendizajes.

La educación integral es un derecho. Al menos así lo proclama la Ley General de Educación, pero ni siquiera en las nuevas circunstancias que hemos enfrentado se ha facilitado su consecución. El aprendizaje se ha focalizado en asignaturas que cuentan con un sistema de medición estándar; y predominan prácticas que no están dando respuestas positivas entre los estudiantes. Se ha montado un sistema cada vez más excluyente y segregador, en un país que cada día se empobrece más. La clase de Religión siempre mantendrá su compromiso con la sociedad, pero es indispensable que otros agentes promuevan la educación espiritual, pues sin educación espiritual no hay desarrollo integral del ser humano.

“¿Dónde está Dios?”

Siempre ha estado con nosotros

Claudio Aguilar Muñoz
Docente en Puerto Montt, región de Los Lagos

Mis queridos lectores, quiero compartir con ustedes una reflexión con una pregunta inicial: ¿dónde hemos puesto nuestro foco en estos tiempos de revolución social y pandemia?

No creo equivocarme al decir que la incertidumbre social arrastrada desde el año 2019 y el protagonismo de la pandemia en los distintos medios de comunicación social en a lo largo de este año han disminuido nuestra capacidad para saber enfrentar con fortaleza estos tiempos difíciles.

Por tanto, cabe preguntarse: ¿dónde está Dios en medio de esta realidad? ¿Será que Dios se ha revelado en nuestros tiempos? Dios, ¿ha corrido ese velo para poder mostrarse a nuestros sentidos en medio de la dificultad? Sin temor a equivocarme digo “sí”.

Dios se revela en medio de nosotros con un lenguaje sencillo y directo, que incluso es audaz en sus formas. Inicialmente es Dios quien actúa quien sale a tu camino y al encuentro: se muestra a nuestros sentidos cuando un “alguien anónimo” difunde en las redes sociales un link

o un posteo relacionado con el “encuentro de ti mismo” y “encuentro con este Dios vivo y presente”. Desde esta lógica comunicacional de Dios podemos decir que hemos vuelto a refrescarnos en la espiritualidad, revalorizado la sacramentalidad como fuente de gracia en la celebración; también a cuestionar sin prejuicio moral: “¿Dónde tenía a Dios en mi vida todo este tiempo?”.

Dios siempre estuvo a tu lado y lo seguirá haciendo, porque es amor generoso que se revela.

Esperar con esperanza

Álvaro Almendra Soto¹
Académico de la Universidad Católica de Temuco

“No esperes más”, “evita largas filas”, “descarga la versión *premium* de nuestra aplicación, para no esperar más de la cuenta”... Pareciera que el mundo está escaso de tiempo y los medios nos quieren convencer a toda costa que la espera es algo malo. Yo mismo he estado muchas veces con el dedo listo para hacer *clíc* en “omitir anuncio” con tal de ahorrarme un video de 30 segundos. Las redes sociales se han vuelto furor, con historias que desaparecen en 24 horas, obligándonos a no esperar y estar atentos a dichas imágenes o videos que, la gran mayoría de las veces, no aportan nada a nuestra vida.

Se respira un aire de fatiga y de agobio en la sociedad. Ya no podemos echarles la culpa a la congestión vehicular o a situaciones en las que solíamos “perder tiempo” antes de la cruenta pandemia. La mayor parte del tiempo estamos en nuestras casas, en familia, es verdad; no obstante, el

¹ alvaroalmendra@gmail.com

estrés, la angustia y ese fatal ritmo de vida acelerado siguen existiendo. Podríamos definir a esta sociedad actual como una sociedad “desesperada”.

Hace algunos días estuve en una reunión *online* de decenas de profesores de Religión de la diócesis en la que hago clases. Se trataba, principalmente, de una reunión informativa, pero terminó convirtiéndose en una instancia de desahogo, en la que muchos docentes comentaron la situación angustiante que estaban viviendo, sumado a la realidad sanitaria del país y del mundo; desde la falta de compromiso de comunidades educativas con la clase de Religión, pasando por importantes problemas económicos, hasta graves enfermedades de familiares. Quiero creer que quienes no opinaron lo hicieron por no tener problemas de ese tipo. Sin embargo, la principal sensación que me quedó fue que la desesperanza está invadiendo esos corazones. Esos mismos corazones que alguna vez se prometieron a sí mismos y a Dios —al ejercer como profesores de Religión— asumir la labor de los profetas, es decir, mantener despierta la esperanza del pueblo, tal como antaño lo hicieron Moisés, Elías o Isaías con el pueblo de Israel.

El Mesías prometido al pueblo judío se hizo esperar por cientos de años, pero hubo personas que siempre mantuvieron viva esa esperanza de que algún día Él llegaría trayendo salvación a la humanidad. Creo firmemente que, si esa espera hubiese sido más corta, el impacto que tuvo Jesús en su pueblo no habría sido tan grande. Ese tiempo de incertidumbre sirvió para preparar el corazón de esa gente

y nos sirve hoy para entender la importancia de esperar. Fue una espera activa.

Lo mismo sucede con la espera de María: no se quedó de brazos cruzados aguardando el nacimiento de su Hijo, sino que se preparó anunciándolo desde la Visitación, yendo a ayudar a su prima Isabel, quien también estaba por dar a luz a pesar de su avanzada edad. Pasa de igual manera cuando una familia anhela la llegada de un hijo: durante esos nueve meses organizan su dormitorio, compran una cuna, escogen un nombre, etc. No lo hacen una vez que la madre da a luz, sino durante ese tiempo de preparación, sumamente necesario y —si queremos verlo también de esta manera— útil. Son claros ejemplos de espera activa y de una constructiva esperanza.

Muchos de nuestros estudiantes esperan que sus profesores de Religión —y probablemente de nadie más— les den esa esperanza soteriológica, aunque inconscientes de ello; mas, tienen expectativas en el mensaje alentador que podamos entregarles.

Quienes trabajan con niños y jóvenes gozan de ese constante encuentro personal y comunitario en el aula; de la energía y vida que sus estudiantes les entregan. Son testigos del largo y lento proceso de crecimiento de cada uno de ellos. Se espera —cronológicamente hablando— muchos años para verlos crecer, y se espera —de “esperanza”— que cada uno de ellos llegue a convertirse en la mejor versión de sí mismo. Nos preguntamos “¿qué llegará a ser este niño?”

(Lc 1, 66), confiando en que Dios tiene un maravilloso plan para él o ella, como lo tuvo con Juan Bautista.

Esa necesidad de encuentro con nuestros niños y jóvenes, nos hace mucha falta. Queremos ser testigos de su lento pero sostenido crecimiento, y nos frustra no poder verlo. Necesitamos de esa interacción personal, ya que nuestra propia relación con Jesús —principal motivo de nuestra vocación— se originó así también: una experiencia de encuentro personal con Jesús Resucitado, probablemente, en algunos casos, alimentada por la presencia de cada uno de esos estudiantes.

El diagnóstico es claro: los profesores, en mayor o menor medida, están perdiendo la esperanza. ¿La solución? Honestamente, no creo que haya una solución única, porque, hasta en estos casos, cada persona tiene una receta diferente. Pese a ello, hay un factor común y, me aventuro a reconocerlo como la mejor respuesta para quienes hacen docencia en Religión; no es nada nuevo, pero siempre vigente: volver a Jesús.

El año pasado tuve la oportunidad de acompañar tangencialmente a algunos estudiantes en práctica de Pedagogía en Religión de la Universidad Católica de Temuco, y me alegró ver la esperanza con que ansiaban ejercer, interactuar con los estudiantes, construir aprendizaje a partir de su valiosa experiencia de fe. Al finalizar su proceso nos hicieron una propuesta para el aula que fue muy sencilla, pero maravillosa, porque nos invitaba a volver al mensaje más puro de Jesús expresado en las parábolas del Reino de

Dios. Ellos esperaban anhelantes desempeñarse en el mundo laboral, porque se habían preparado con esperanza para ello.

La espera, en definitiva, no es perjudicial durante este crítico tiempo, si se alimenta con esperanza. Pero ¿dónde encontrar esa esperanza? Sin duda, en Cristo. Volver al Evangelio, a la oración más sencilla y, sobre todo, a nuestra primera experiencia de encuentro con Jesús Resucitado. Eso, debiera llevarles a tomar conciencia de que su labor no es la de entregar contenidos solamente, sino dar testimonio de salvación a su estudiantado.

La invitación es a no desesperarse y a no desesperanzarse, a valorar esta espera como un tiempo de preparación, y a administrar este tiempo de manera activa. Como herramienta principal para estos desafíos tenemos nuestra propia experiencia de fe, pues necesitamos ser profetas de nuestros estudiantes, o sea, mantener viva su esperanza. Si ese camino se nos hace difícil debemos, humildemente, “dejarnos profetizar”, y para ello pueden confiar en sus propios equipos pedagógicos. Este último punto es riesgoso, porque pueden caer en la tentación de convertirse en meros transmisores de contenidos, olvidándose de la tarea evangelizadora. Enviar mensajes de ánimo, videos inspiradores, testimonios de fe, acompañar con el diálogo profundo, ponerse al servicio del otro, también es parte de su labor pedagógica, porque sobre todo hoy dicha labor es —a imagen de la espera de María— fundamentalmente misionera.

¿Clases de Religión virtuales?

Virginia Cruz Velázquez
Docente en Santiago

¿Clases de Religión virtuales?

Si ya es difícil concebir que se realicen clases de manera no presencial, lo es aún más si se trata de Religión.

Soy profesora de Religión y Moral Católica desde 2017, habiendo tenido la oportunidad de realizar mis clases con permiso de la Vicaría desde el año 2014. Y, según mi experiencia, el contacto directo con los estudiantes es indispensable en este ramo. El desarrollo espiritual y acercamiento a Dios en cada uno de ellos está marcada por diferentes situaciones o vivencias, a través de las cuales el diálogo nos ayuda a realizar un acercamiento o interpretación de sus experiencias, muchas de las cuales, en la preadolescencia y adolescencia, son esencialmente la búsqueda de la verdad y de un punto de vista desde donde cuestionar las realidades del diario vivir; en especial, de una sociedad convulsionada, que grita justicia, verdad e igualdad, tal como lo vivido en octubre de 2019. Esto ha marcado a toda una nueva generación.

Y, como si fuera poco, durante los primeros meses del año 2020 se derrumba este modelo educacional, obligándonos a entrar en el mundo virtual. Si bien es cierto que estos medios de comunicación nos acercan a las personas y acortan las distancias, es la oportunidad de cambiar la forma en que se utilizan y cuidar el lenguaje verbal y no verbal para expresar el verdadero sentido del ser humano, pese al alejamiento físico actual.